

**Bessie HEAD, *Prólogo a Brujería***

Traductores: Laura Cantora, Ruth García-Ciaño, Erika González,  
Isabel Maiso, Gloria Martínez, Javier Martínez,  
Paloma Mellado, Ignacio Muñoz.  
Coordinador: Juan Miguel Zarandona.  
*Universidad de Valladolid*

Me gusta que los acontecimientos se repitan cada día, el tiempo, el amanecer o ir al mismo lugar todos los días, dependiendo de lo sagrado que éste sea. Me siento infeliz en los lugares profanos. Aunque soy consciente de mis ideales y de lo poco que necesito, siempre he experimentado un sentimiento de angustia desgarradora debido a que los seres humanos lamentablemente se establecen en lugares no sagrados y, tal vez, el sur de África es uno de los lugares menos sagrados del mundo.

Cualquier pasaje de mi biografía incluye un sin fin de personas de mi generación que están dispersas por todo el mundo como refugiados. Nos forzaron a abandonar Sudáfrica porque, a diferencia de nuestros padres y antepasados, nos negamos a llamar al hombre blanco baas (amo). En Sudáfrica siempre considerábamos que el hombre o la mujer blanca estaban al borde de la muerte porque podía darnos por matarlos antes que seguir doblegándonos. Considero que estamos realmente desesperados por hacer de África la tierra del hombre negro porque no creo que exista ningún otro lugar en donde el hombre negro pueda ser dueño de su propio destino con dignidad.

Detrás de todo lo que digo se esconde una risa amarga. Sé desde hace tiempo que soy una persona inútil para cualquier revolución o movimiento de liberación. No los soporto, ni a ellos ni a quienes los organizan. Pero en 1964 me trasladé de Sudáfrica a la vecina Botsuana. Botsuana consiguió su independencia en 1966 con un gobierno que acabó adoptando una política tremendamente hostil hacia los refugiados sudafricanos. En 1966, nos incluyeron en un censo policial y desde entonces tengo que presentarme en la comisaría todas las semanas. Algunos refugiados solicitaron la nacionalidad botsuana pero les fue denegada.

Lo que ocurre con Botswana es que es un país vasto, semidesértico y azotado por la sequía que a lo largo de toda su historia ha atraído a pocos colonos blancos. Una pequeña porción de África permaneció casi intacta para que soñase a su manera. En Sudáfrica, el hombre blanco nos arrebató hasta el aire, era su aire, sus pájaros y su tierra. En Botsuana un pajarillo se posa en mi ventana cada día. Nadie lo ha reclamado como propio, por lo que confieso a todo el mundo que canta de esta manera o de esta otra, sin que ningún hombre o mujer blanco me repita constantemente: *¡Pero si vosotros no sabéis apreciar estas cosas!*

En cierta ocasión asistí a una fiesta multirracial en Sudáfrica. Me senté al lado de una mujer blanca y comenzamos a charlar. Durante la conversación mencioné temerariamente que me encantaba Albert Camus y que creía que se sentía atraído por la muerte. Inmediatamente se volvió y le dijo a todos en voz alta: *¿Habéis oído lo que ha dicho Bessie? Cree que Albert Camus sentía una atracción fatal por la muerte.* Incluso hablar con gente tan mediocre resulta humillante.

Lo mínimo que puedo decir de mí misma es que me vi obligada a crearme una vida ideal bajo unas circunstancias tremendamente hostiles. Escogí una aldea perdida y desconocida en el desierto del sur de África y la convertí en mi propio territorio sagrado. Y allí, en la serenidad y la paz de mi propio mundo, pude soñar mis propios sueños un poco más allá del clamor algo violento de la revolución y del horrible hedor de los sistemas sociales corruptos. Mi trabajo fue siempre provisional porque era siempre algo nuevo: creaba nuevos mundos a partir de la nada; luchaba contra los problemas de la producción de alimentos en una tierra semidesértica; reunía a todo tipo de personas, cultas y menos cultas, sin hacer ningún tipo de distinción entre ellos, y todos tenían un lugar en mi mundo. Pero nada puede hacerme olvidar el hecho de que nunca he tenido una patria, ni en Sudáfrica, ni en Botsuana, donde actualmente vivo como una apátrida.